

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN textos y documentos

Número 283

Valencia, 11 de Noviembre de 1937

María Carbonell, 2

CARTA
abierta a don
**Ramón Me-
néndez Pidal**

**¡El español, se-
ñor Menéndez
Pidal, no puede
ni podrá pronun-
ciarse nunca en**

**italiano, en alemán o en portugués, por más que todos esos
esputos de la laringe fascista intenten mancillar el orgullo
del verbo en que se hizo España!**

Por **JUAN JOSE DOMENCHINA**

I
Mi distinguido amigo: alguien, que le conoce a usted perfectamente, me envía, desde La Habana, un recorte de «La Prensa», de Nueva York, en el cual recorte se lee una noticia que no creo que produzca aquí, en la España leal, ni estupor ni asombro; porque aquí, en los reductos de la honestidad española, ya nadie se cura de estupores, por muy estupefacientes y estupendas que sean las deshonestidades y bellaguerías, de tipo intercontinental o de índole trasatlántica, que los susciten; quiero decir, que entre nosotros, lejos de ustedes, las pobres gentes rojas de nuestra España en sangre, están, como no podía ser menos, curadas de espanto. ¡Ay! No son ya pocas las conductas que se han hecho afícos en esa infalible y definitiva piedra de toque que es la adversidad. Hasta los más austeros varones, que poseían, o decían poseer, singulares propensiones ascéticas, no se sienten capaces de arrostrar el altruismo que supone hacer un simulacro de ordeño a cuenta de las menesterosas y enjutas ubres de las vacas flacas. ¿Qué quiere usted? Por lo visto, y por lo no visto, la flaccidez de esas ubres es incompatible incluso con la erudición. Y no añado, a manera de comentario humorístico, la ya clásica muletilla de «Cosas veredes...», etc., porque, por pudor, no me arriesgo a escribir en estas líneas, que van enderezadas a usted, el nombre ilustre del ancestral sujeto de sus arduas investigaciones, que fué—extemporánea, anacrónica y excusable alusión—enemigo de la morisma.

Pero vamos—si usted gusta, y aunque usted no guste—a lo romance. Y lo romance es que, según el ya citado recorte de periódico, usted ha disertado, días ha, nada menos que acerca de «La Idea Imperial de Carlos V», en la Casa Italiana, de Nueva York.

Bien. En esto de entender, con precisión y exactitud, esto es, sin un átomo de malevolencia, lo que quiere decir Casa Italiana, importa precaverse contra el error y el equivoco. Sin duda, en Nueva York, Casa Italiana quiere significar, aun para el más lerdo, Casa Italiana Antifascista. De otro modo, como un hombre nacido de buena madre, de madre española, y tan versado en todo género de géneros históricos, podría avenirse a rebajar su condición, su noble condición de hispano, ante los ojos rapaces y los oídos abyectos de los invasores y depredadores de su patria o de sus simpatizantes? Yo no lo concibo. Ni creo que nadie lo conciba. Y usted, lastrado con tan copiosa impedimenta de sabiduría arqueológica, menos que nadie. Pero, a pesar de todo, urge que esa su sabiduría condescienda a desenrascar el ambiente harto caliginoso y cuasi tangible, que le nimba con una aureola escasamente grata. Y esto, por mucho que le duela a usted, es lógico. Al menos suspicaz de los hombres ha de antojársele sobremanera turbio el que un sabio español hable en español neto justamente en una... Casa Italiana. Y, por otra parte, el enunciado de la conferencia que a usted se le atribuye—«La Idea Imperial de Carlos V»—le da a uno en la nariz, como un humo enojosísimo de revenida y totalitaria descomposición imperial. ¿No teme usted que la evocación de Carlos V, al socaire de Hitler, nos atufe con su nauseabunda redolencia? Los españoles de ahora quizá pequemos de celosos, pero no de ausencia de olfato.

Es de desear, señor y amigo, que aquí, entre los sencillos hombres anónimos de la lealtad española, no se le tenga a usted nunca—como se tiene a otros profesionales de la erudición lingüística o idiomática, con todo el respeto que nos merece la filología—por un traidor emboscado. Esto es, por un traidor vergonzante. Porque, si no estirpes, linajes o alcurnias, los traidores tienen su laya. Quiero decir, que hay traidores de toda laya. Y los de laya infima, son, claro está, huelga decirlo, los vergonzantes. Por ejemplo: los que se cartean, v. g., con hombres adictos a la República, y que residen en España, pidiéndoles, por lo privado, información y amistosos servicios, y luego, o a la vez, en público, conviven y prestan su autoridad de prestamistas usurarios a los medios—e intermedios—pingüemente hostiles a la causa española. Urge, pues, repito—le urge a su buena fama—, que usted se desembarace de esa embroca o puchada que algún ánima hostil le ha adherido a las costillas, con propósito avieso y voluntad proterva.

Yo no le creo a usted susceptible de hacerle traición—y menos traición solapada y vergonzante—al espíritu de su tierra nativa. Tratarase de un hombre, y no de la patria, y yo tal vez no me arriesgase a salir fiador de su... consecuencia. Porque uno, aunque desmemoriado, no puede hacer caso omiso de la humilde retentiva con que le proveyeron los dioses. Y a mí, en ocasiones, sin querer, me acude a las mientes una porción de memorias que, dicho sea con toda lealtad, no le otorgan a usted títulos válidos que acrediten el insobornable rigor y la ortodoxa pureza de su criterio personal y público.

y II

Decía yo, y lo decía sin gusto, con frases cautas—esto es, exentas de fruición y de intención explícita—, que, si bien no le supongo a usted capaz de hacer traición al espíritu de su tierra, de la tierra española, tampoco le juzgo inaccesible a la flaqueza y aún a la deslealtad para con el prójimo y para consigo mismo, si los intereses materiales y personales, que todo lo añascan, se le interpusieran y le pusieran en trance de opción.

Desearía no ofenderle. Apenas le conozco. Y de ahí que me importe diferenciarlo o distinguirlo. Porque, ahora, en estos días, en que tanto cunden los indiferentes y los indistintos, se me antoja precaución atendible y prueba inequívoca de distinción y de discernimiento el simple propósito de situar justamente, desapasionadamente, a los que son o se dicen «nuestros compatriotas».

Repito que apenas le conozco. He hablado con usted sólo tres veces en mi vida. Y recuerdo, con precisión absoluta, las palabras afables y corteses que nuestro buen sentido de la buena crianza nos movió a canjear en atenciones y diferencias reciprocas.

Tuve el honor de saludar a usted por vez primera, meses después de instaurarse la República, en la Presidencia del Consejo de Ministros, con ocasión de la visita que usted hizo por entonces al entonces Presidente del Consejo, don Manuel Azaña. Supongo que no acudiría usted a la residencia oficial del Jefe del Gobierno para otorgarle, graciosamente, con la dadivosidad que a usted le caracteriza, sinecuras ni gajes honoríficos. A lo peor, ni usted ni yo recordamos al detalle—con todo deta-

lle—el pretexto frustrado de aquella visita. Que, sin duda, tuvo algún interés. Pero, en fin, no es cosa de que yo escudriñe en mis memorias, ni de que usted revuelva los legajos de esa memoria artificial o eficiente fichero en que usted coacerva y archiva sus hallazgos de tipo profesional y de índole privada, y que suple tan competentemente los fallos o desfallecimientos de su virginal y arqueológica retentiva. Doy por seguro que usted no fué a pedir nada. Porque usted no ha sido nunca, según me informan, un filólogo pediguño. Superdotado genéricamente con la gracia y virtud de un prestigio indiscutible, usted se limitó siempre a obtenerlo todo sin menoscabarse con exceso—con excesos de asiduidad—en las cámaras de la solicitud y de la súplica.

Por entonces—la fecha aún no es muy remota—, sentía usted, a despecho de su taciturnidad de hombre casi alocuo, una locuacísima admiración, impregnada de oleaginosas suavidades, por el áspero e hirsuto don Manuel Azaña. Por lo menos, a mí me hizo usted partícipe de ese entusiasmo bipartito: porque usted admiraba en el Presidente al estadista sin mengua y al escritor sin tacha.

Después—varios meses después—volvieron a separarse la coyuntura y el honor de estrechar su mano, también en la Presidencia del Consejo. Pero esta sazón no fué, como la primera, sazón oficial o protocolaria, sino literaria y amistosa. El escritor Manuel Azaña—no el Presidente del Consejo de Ministros—agasajaba aquella tarde a sus compañeros de letras. Pues bien: también aquella tarde encontró el exigente criterio de usted un sutil modo de hacer ostensible la admiración que en él suscitaba los méritos literarios y las aptitudes políticas del señor Azaña. En entrambas ocasiones, pues, usted—apolítico desde el medioevo e incluso desde la prehistoria—sentíase incondicionalmente gubernamental.

Después, mucho después—¡qué atroces recuerdos!—, en un octubre luctuoso, que intentó reivindicar, bajo el signo de Asturias, los inalienables derechos del hombre..., usted seguía siendo gubernamental, pero gubernamental de don Alejandro Lerroux. ¿Recuerda el trance? Si lo ha olvidado, consulte con su conciencia. Y si la conciencia no le dice nada, acuda usted a su archivo. Porque no es increíble que usted disponga de un archivo secreto y recoleto, o conciencia confeccionada, análoga a su memoria artificial, y que esta conciencia, con sus casillas o celulillas de amianto, le suministre a usted, cuando le acongojen zozobras de enjundia ética o espiritual, los datos y lenitivos oportunos con que se exculpe o se disculpe ante sus propios ojos avizores, tan hechos a la concienzuda investigación y al riguroso análisis.

Pues bien: si no le falla este recurso o registro mnemotécnico-moral, es muy fácil que el tal artefacto le diga a usted, que, «por aquel entonces», no la pasión, sino la mala fe impertérrita de unos viles y desalmados profesionales de la peor política, redujo a prisión injusta, con pretexto de la más inverosímil participación en los sucesos de Barcelona, a don Manuel Azaña. Y también es fácil que le diga o le recuerde otra porción de cosas. Por ejemplo: que la honestidad privada y pública de unos hombres eminentes e intachables se sublevó ante tan torpe injusticia. Y que elevó al Gobierno un mesurado y respetuoso escrito de protesta, o más exactamente, de súplica. Y que usted se negó a firmar ese escrito. Y que un periódico de la noche—«Heraldo de Madrid», por más señas—incor-

(Continúa en la página siguiente)

poró equivocadamente su nombre entre los signatarios del nobilísimo documento. Y que usted protestó—usted sabrá por qué; quizás haciéndose justicia—de que se le incluyera entre las nobles, honradas y dignas personalidades que tenían el modesto valor cívico de no avenirse a la estupidez delictuosa de aquel clan de perdularios sin escrúpulos. Y que, por fin, y como fin, la elegancia espiritual y el primor estilístico y sintáctico que a usted le caracterizan, urdieron, de consuno, aquella epístola indeleble, que aún abochornan a los menos hipercríticos y exigentes de sus discípulos, y en la cual epístola su docta mano imprimió, con zafiedad servil, difícilmente superable, el estigma de toda una conducta, al asegurar que no había firmado documento de ninguna clase en favor de un «cierto sujeto político a quien perseguían los tribunales».

Bien, muy bien, señor Menéndez Pidal. Pero no es eso todo. No. Eso no es todo. Si todo se reduce a lo transcrito, su actitud no superaría a la de otros intelectuales y artistas que también por entonces adoptaron una tesitura análoga, que no fué, por cierto, como ahora dicen, de inhibición, sino de adhesión inequívoca a los opresores y represores de la causa popular. Y aunque sea mejor no meneallo, justo es decir que alguno de esos medrosos personajes, que no se resolvieron a interceder en favor de un político irreprochable, pero que sí se arriesgaron a aplaudir una represión sin precedentes y aún a reputarla de tibia, hoy se suponen elementos consustanciales del régimen, glorias de la revolución y arquetipos del hombre futuro; llevando su desfachatez e invencibilidad hasta el extremo de hacerle carantoñas a la URSS, exaltar las virtudes del pueblo en armas y rendir testimonio personal de devoción eterna a ese mismo don Manuel Azanza, hoy ya Presidente de la República Española.

Pero, como he escrito, no es eso todo, señor Menéndez Pidal. En el mes de septiembre del año 36, ya en plena guerra civil, nos tropezamos de nuevo usted y yo, en la Subsecretaría de Instrucción Pública y justamente en el despacho de don Emilio Baeza Medina. Quizá lo anómalo de la circunstancia le indujera a usted a extremar para conmigo su

siempre ficticia, facticia y extremosa afabilidad cortesana. Y digo esto, porque usted no debía de estimarme profesional ni personalmente, si es cierto el adagio según el cual la estimación personal e intelectual es cosa recíproca. A usted le constaba que yo nunca exageré las módicas dimensiones de los indiscutibles merecimientos con que usted se enaltece y cunde. Más aún: a usted le constaba que yo me rebelé en público contra un crítico apasionado e indulgente que osó parangonarle a usted con aquel enorme polígrafo, o coloso de las letras, que se llamó don Marcelino Menéndez y Pelayo, y que en tal sazón reduje a sus justas proporciones la sedente, encogida y escogida laboriosidad filológica, el perseverante, minucioso, escrupuloso y fidedigno proceder de su concienzuda y pacienzuda erudición. Sin embargo, a despecho de todo, en aquella ocasión usted supo abrumarme con su obsequiosidad fonética. Y después, durante el trayecto—el señor Baeza y Medina nos hizo el honor de llevarnos en su coche oficial a nuestras respectivas casas: a usted, como merecido homenaje a tan noble estirpe filológica; a mí, como exquisita prueba de amistad, otorgaba graciosamente al correligionario y subordinado—, durante el trayecto, repito, usted no dejó de execrar, en periodos breves, pero de indiscutible rotundidad prosódica, la atroz felonía de los militares traidores.

Pero aún hay más. Hay mucho más, que resumo para no pasarme de prolijo. Hay, v. g., la generosa protección que quiso dispensarle a usted el Ministerio de Instrucción Pública. Y la acción tutelar que debe usted a las Milicias del 5.º regimiento, cuyo comandante jefe, Enrique Lister, por deferencia especialísima, sustituyó momentáneamente la apostura bélica por la pacífica misión judicial—y en cierto modo sacerdotal—de legalizar o legitimar las nupcias del joven Gonzalo Menéndez, su hijo, que contrajo matrimonio en el domicilio del 5.º regimiento. A quien le debe usted, como usted sabe, además, lo que usted sabe. Y conste que no pego de sibilino.

—Por fin—nada más. Aquí queda dicho todo. Y se sobreentiende lo que no queda dicho. Porque lo

que no queda dicho es la media palabra, que le falta y le sobra al buen entendedor. Nada más.

Ahora, al leer estas líneas, piense usted, si place, y aunque le desplace, en nuestro inmarcescible e imperecedero lenguaje imperial, en ese idioma hermosísimo, gala y orgullo de los españoles, que usted tanto ama y venera, y que se encuentra por mucho que usted lo estudie e interprete, en un trance aflictivo. Piense usted en él, señor Menéndez Pidal, porque pensar en él, es pensar en España. Y véalo usted tal y como se halla: acorralado por toda una jauría de bestias feroces, que lo percuden con los rugidos que hacen eco que articulan y con los que pretende sustituir su sonoridad y eufonía. Y proyecte usted contra su protesta, no en las alas de los cisnes, como Ronsard, sino en las de los cuervos, que revolotean al olor de la rapina. ¡El español, señor Menéndez Pidal, no puede ni podrá pronunciarse nunca en italiano, en alemán o en portugués, por más que esos esputos de la laringe fascista intenten macillar el orgullo del verbo en que se hizo España. Y piense usted, sobretodo, si consigue sobreponer a sus preocupaciones y ocupaciones filológicas, a las mujeres y en los niños españoles. ¡Piense usted en toda esa juventud abnegada, que en lugar de aleccionarse en las disertadas y doctas aulas de su biduría, muere, y muere sabiendo que va a morir en la atroz aprendizaje de las trincheras! Y, si después de pensar en todo esto que le digo, no revela usted instantáneamente el que fué su buen nombre y no exalta usted en público, sin ambages, ni distinciones la gloriosa gesta del pueblo español, ¡añúdese usted las barbas, como el ancestral sujeto y objeto de sus arduas investigaciones históricas, y eluda usted el trato de las gentes honestas; porque, entonces, señor don Ramón Menéndez Pidal, usted seguirá siendo un paciente, consecuente, competente, sedente, perseverante, escrupuloso, minucioso, riguroso y puntual erudito, pero no será usted un hijo de España, sino un hermano espiritual de Gregorio Marañón!

JUAN JOSE DOMENCHINA

(De «El Mercantil Valenciano».—9 y 10-XI-37)

EN NOMBRE DE LA PAZ

A la guerra se responde con la guerra

Empecemos por rechazar, una vez más, la absurda teoría de las guerras humanizadas que todavía tiene, a lo que parece, sus cultivadores. Ningún pacifismo se nos antoja, desde el punto de vista moral, más hipócrita y vil que el de graduar la brutalidad. Se transige con ella, que es lo que suelen hacer, por lo común, las Conferencias pacifistas, o se la recusa terminantemente, que es lo que nosotros hacemos. Las situaciones conciliadoras no caben cuando los factores en juego son absoluta e inexorablemente antagónicos. ¿Se transige con la guerra? Pues hay que aceptarla con toda su crudeza. ¿Se es pacifista? Pues la paz no consiente mezcolanzas guerreras de ninguna clase. Se está con la paz o se está con la guerra. Pero existe un romanticismo especial que, incapaz de oponerse vigorosamente a la guerra, quisiera, por lo menos, matizarla de sensibilidad. Es el pacifismo de todos los que llevan la cobardía dentro. Dejan en libertad al agresor y salvan sus escrúpulos de conciencia haciéndole recomendaciones al agredido: «Peleen ustedes; pero tengan cuidado de no emplear los golpes bajos...» Por donde venimos a caer en la cuenta, una vez recibido tan bravo consejo, de que la paz sólo saben defenderla quienes no le han cogido miedo a la guerra. A pesar de los pacifistas. Y a pesar de quienes, defendiendo su paz—solamente la suya—contemplan impasibles el asesinato de la paz ajena, sin que se les ocurra cosa mejor que ofrecernos, para que la pelea no pierda decoro, unos guantes de cabritilla.

No hemos comulgado jamás en ese pacifismo de la hipocresía—mitad y mitad—que tolera la guerra en nombre de la paz. Mucho menos hoy, cuando España, sin saber por qué, está invadida por ejércitos extranjeros. Pero aquí es donde el pacifismo

internacional se pone a prueba. Y se pone a prueba no en cuanto a su incapacidad, que es absoluta, para evitar la guerra, sino en cuanto a su falta de emoción para humanizarla. En realidad, y con referencia a la guerra española—¿española?—, el pacifismo internacional se interpreta así: «Sobrados de justicia para responder a la guerra que les hacen, nosotros, en nombre de la paz, les negamos los medios para defenderla; pero no olviden ustedes que la guerra tiene también sus leyes de humanidad; procuren ustedes aportar razones...» un año llevamos sembrando razones en el mundo y muertos en España. Y un año lleva el enemigo, sin que nadie le venga a la mano, haciéndonos una guerra bestial; para el que ningún pacifismo, ni aún el más cobarde, hallaría disculpa admisible. El Norte, todo el Norte, da testimonio de nuestras palabras. Y Madrid. Y Cataluña. Y Valencia. Y Aragón... Prescindamos, si se quiere, del bárbaro tributo de sangre que el enemigo nos cobra allí donde consigue poner su planta. No invocamos, aunque tenemos derecho para hacerlo, nuestros muertos de guerra. Invocamos nuestros muertos de paz: las poblaciones civiles destruidas; los cuerpos infantiles destrozados sistemáticamente lejos de las líneas de fuego... Y lo que urge preguntarle al pacifismo hipócrita que nos envía mensajes de paz cuando se nos hace, sin hipocresías, la guerra, es esto: ¿hasta qué punto estamos obligados a seguir respetando, por escrúpulos de conciencia, un código desigual? Negado nuestro derecho—quince meses de experiencia lo demuestran— a la defensa ajena, ningún escrúpulo moral puede impedirnos la defensa propia. Tanto menos si se recuerda que, estando en guerra, hemos hecho y hacemos por la paz—por la paz ajena—mucho

más de lo que veníamos obligados a hacer. Pudimos provocar—que se entere Francia, si Francia se entera de algo alguna vez—un levantamiento en sus posesiones de Marruecos: pudimos reclutar, y por poco dinero, combatientes moros; pudimos organizar un verdadero ejército mercenario; pudimos, sobre todo, enturbiar la situación internacional torpedeando barcos extranjeros... aunque luego inventáramos, para zafarnos de responsabilidades, una flota de submarinos desconocidos. ¡Ah! Y hemos podido bombardear, ametrallando a la población no combatiente, Burgos, y Valladolid, y Salamanca, y Sevilla... Precisamente en ese punto se centra nuestro comentario. ¿Consiente el pacifismo—el pacifismo cobarde de los que toleran la guerra—la táctica del terror? Pues será menester, por mucho que nuestra conciencia se rebele, que nos dispongamos a emplearla. La guerra no la queremos a ningún precio. Pero, puestos a hacerla, porque nos obligan a ello, será preciso que la hagamos tal como nos la hacen. Quince meses de contención, durante los cuales hemos procurado, inútilmente, ganar puntos a costa de sacrificio, en la balanza de la diplomacia europea, nos dan derecho a formular estas preguntas: El terror, ¿es un medio de guerra? Asesinar a las poblaciones civiles, ¿constituye un elemento lícito de combate? Si no lo es, ha transcurrido demasiado tiempo sin que nadie, al otro lado de nuestras fronteras, haya levantado una voz fuerte que lo impida. Si lo es, parece natural que nosotros, dispuestos a renunciar a todo, excepto a la victoria, pongamos el terror en juego. «Ojo por ojo; diente por diente», dice el refrán. Pacifistas éramos; pacifistas somos. Pero se nos obliga a hacer la guerra. Y puesto que la guerra exige, por lo visto, destruir pue-

blos enteros y ametrallar a mujeres y niños, hagamos la guerra como nos la hacen. De todos modos—esa es la gran experiencia internacional—, no ha de ocurrir nada que no esté previsto. Los pacifistas del miedo se quedarán con su miedo, y nosotros con nuestros muertos. Pero a ningún precio, a ninguno, renunciaremos a la victoria. Ni siquiera al precio de la brutalidad. Los adversarios de aquí y los espectadores de allá son los llamados a dar respuesta. Evitemos la brutalidad, y la evitaremos. Sigán prodigándola unos, o haciéndose el sordo otros, y no nos quedará más remedio que ser brutales también. Aunque los pacifistas se acojan mucho... (El Socialista, 9-XI-1937.)

El álbum de oro de los legionarios italianos caídos en España

ROMA, 23-X. — He aquí la décima relación de legionarios italianos caídos en España en la batalla de Santander.

(Dicha relación, que consta de 160 nombres, empieza por Abdeno Vincenzo, di Raffaele, y termina por Tini Giobatta, di Giovanni.)

Los restos gloriosos fueron sepultados con honores religiosos y militares, en los cementerios de guerra situados frente al mar cantábrico, y su custodia ha sido confiada a la caballería y cristiana piedad del pueblo español.

Esta es la décima relación de legionarios italianos caídos en España en lucha contra la barbarie bolchevique, que amenaza a la civilización de Occidente. El tributo de la sangre joven italiana en esta guerra en que, además de defender a España, se defiende a la misma Italia y al fascismo, es generoso y heroico. Las virtudes milenarias de nuestra estirpe no han muerto. «Virtus», en el sentido romano del valor humano y brillante, es el lema de la legión italiana que combate en España por profunda convicción y consciente de la necesidad de la lucha voluntaria-

El contrabandista March se dispone a conferenciar con Mussolini

GIBRALTAR, 9 (9 m.). — Por séptima vez, en el espacio de seis meses, ha embarcado en este puerto con rumbo a Italia, el famoso contrabandista mallorquín Juan March Ordinas.

March ha embarcado ahora en el paquebote italiano «Conte di Savoia», con rumbo a Génova, y desde allí marchará a Roma para conferenciar una vez más con Mussolini. ARGOS.

mente aceptada. Los jóvenes legionarios van guiados por la luz de una idea que es la del fascismo, renovador del nombre y del fausto de Roma. Nada más bello y puro y, su sacrificio, porque no nace del interés o de la necesidad, sino del voluntario y consciente ideal. Estos héroes nuestros pasarán a la Historia como perpetuadores del voluntarismo italiano y como cruzados de una fe que está destinada a renovar el mundo bajo el signo de Littorio.

La Italia fascista lee sus nombres con emoción, con gratitud y, sobre todo, con orgullo; puesto que estos fascistas dan al mundo civilizado un ejemplo elevadísimo del heroísmo italiano.

(«Gazzetta del Popolo», 24-X-37)

Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este BOLETIN

NOTAS INDISPENSABLES

Curiosas idas y venidas a propósito de los niños vascos

Sus fines, sus procedimientos y sus resultados

Desde que entraron en Bilbao los franquistas, existen en esta ciudad muchas cosas nuevas. Hay cosas de guerra, muchos consejos de guerra, y funciona también una oficina de repatriación de niños.

Esta oficina ha desplegado una gran actividad, de la que dan prueba las visitas que monseñor Antoniutti y el padre Gabana han realizado a ciertas colonias de niños vascos de Francia e Inglaterra.

La gestión del padre Gabana se ha realizado en circunstancias completamente insólitas. Fué precedida de una campaña en algunos periódicos asegurando que Guernica había sido destruida por los vascos que después de esta catástrofe se activó la evacuación de los niños al extranjero como propaganda política. Esta campaña se realizó blandiendo el nombre del arzobispo de Westminster y atribuyéndole esta interpretación maliciosa y anticristiana de un drama que despertó verdadera indignación entre los buenos católicos.

Los efectos de esta campaña fueron que las personas católicas que mantenían niños vascos creyeron lo que con tantas apariencias de autoridad se les decía en sus diarios habituales. Su caridad se enfrió, sintiendo el escrúpulo de contribuir a una propaganda política. Los donativos se restringieron y el tratamiento dispensado a los niños se resintió. Los católicos ingleses que creían haber contribuido a una propaganda política, al huir de esta propaganda supuesta, cayeron en otra bien real. Con todo esto han sufrido la verdad, la justicia y la caridad.

En estas circunstancias, surgió el padre Gabana, solicitando la repatriación de los niños católicos, en nombre de la Oficina de Bilbao. (Los autores de estas gestiones no se han preocupado de los niños recogidos en centros no católicos.) La repatriación se pedía en nombre de los padres, de uno de los dos, o de alguien de la familia.

La lista era tan dudosa y las peticiones parecían tan poco verosímiles, que los delegados del Comité de Londres se opusieron al principio. Era necesario enviar una comisión de investigación. Pero el padre Gabana manifestó que una comisión semejante no sería bien recibida en Bilbao. Por fin se aceptó una comisión de arbitraje que debía examinar sobre el terreno las peticiones formuladas desde Bilbao. Las 800 peticiones se han visto reducidas de un golpe a 387, cuyo caso se trata de estudiar más de cerca, con el fin de descubrir nuevas supercherías franquistas, nuevas coacciones y suplantaciones.

Se debe, sin duda, a la misma Oficina de Bilbao la extraña gestión llevada a cabo en Bélgica. En el Comité Católico de Acogida a los niños vascos, que funciona apadrinado por S. E. el cardenal arzobispo de Malinas, Mgr. Van Roey, se presentó un religioso. Llevaba una lista de 900 niños y aseguraba que sus padres, residentes en la zona de Franco, los reclamaban. Era necesario, pues, repatriarlos.

Los miembros del Comité apreciaron a primera vista que la lista era sospechosa en su mayor parte; el religioso se retiró. Al día siguiente vino con la lista reducida: no había en Euzkadi más que 300 padres que reclamaban a sus hijos. Pero he aquí que entre estos padres figuraba M. Arrieta, que se encuentra en Francia, y su esposa, que es una de las secretarías de las oficinas del Comité al que se trataba de sustraer los niños. La madre que se pretendía suplantar su voluntad y secuestrar a sus dos hijos.

Estos son los procedimientos que tratan de emplear, bajo la máscara de un humanitarismo de mala ley, que ha dejado tantas ocasiones

de manifestarse: un humanitarismo que no hizo su aparición más que una vez consumada la ocupación total de Euzkadi por los invasores franquistas.

Estos procedimientos han dado en algunos casos buen resultado. La prueba es que, según «La Gaceta del Norte», diario franquista de Bilbao, 16 niños vascos repatriados de Bélgica han llegado ya a esta ciudad. Ha bastado esta repatriación para que el diario en cuestión interprete el hecho como una demostración de que el País Vasco vive, bajo Franco, en la más completa normalidad y como una prueba de que la opinión católica extranjera se acerca al franquismo.

Pero dieciséis niños repatriados es una prueba pequeña, una demostración insuficiente. El fascismo tiene necesidad, para su propaganda, de un número más importante de repatriados. Es preciso, pues, continuar coaccionando a los padres. Entonces se publican en la Prensa de Bilbao extrañas convocatorias. He aquí una de muestra, que copiamos de «La Gaceta del Norte» del 24 de octubre: «Conviene que pasen lo más pronto posible por el secretariado del delegado apostólico (Hurtado de Amézaga, 24, 2.º) los padres, madres o parientes de los siguientes niños:

Teresa Cuesta, Janso Cuesta, Teresa López, Carmen Solórzano, Felisa Solórzano, Narcisca Solórzano, Manuel González Cortina, Esther González Cortina, Aurora Alberdi Pérez, Rosita Alberdi Pérez, Imanol Aram-

barri Epelde, Pedro Arambarri Epelde, Antonia Oyastui Ormaolea, Serafina Ayastui Ormaolea, José Ramón Arrieta Zubillaga, María Arrieta Zubillaga, Evaristo Berañano, Jesús Basañez Echandia, Pablo Basañez Echandia, Félix Basauri La Cruz, Pedro Basauri La Cruz, Araceli Berganzonéz Ramiro, Laura Berganzonéz Ramiro, Victoria del Campo Nicanor, Francisco del Campo Nicanor, José María Echave Zubizarreta, Lucía Echave Zubizarreta, Luis María Echave Zubizarreta, Alberto Echevarría Santamaría, Félix Echevarría Santamaría, José Luis Echevarría Santamaría, Angelita Estancona Retolaza, Dominga Estancona Retolaza, Josefina Estancona Retolaza.»

Pero, ¿dónde están los padres de estos niños y qué piensan de la repatriación de sus hijos? El lector juzgará, conociendo este ejemplo: los niños Ramón y María Arrieta Zubillaga, que citan en esta lista, son, precisamente, los hijos del matrimonio Arrieta, a los que se pretendía sustraer sus hijos; el padre, como hemos dicho, está en Francia; la madre, con los niños, está en Bélgica, en las Oficinas del Comité de Malinas.

Ignorando lo que sucede en Bélgica, u olvidando la plancha cometida con ellos, la Oficina de Bilbao les ha incluido de nuevo en su lista de repatriables y ha convocado a los padres para obligarlos a solicitar su repatriación.

El matrimonio Arrieta ha sufrido, pues, dos tentativas de secuestro de sus hijos. Si estas tentativas hubie-

Franco y sus "hermanos" los italianos

Mailand, 1-XI-37.—El «Popolo d'Italia» relata a sus lectores una ceremonia militar celebrada en Vitoria, bajo la presidencia de Franco, en conmemoración del aniversario de la Marcha fascista sobre Roma.

Franco celebró la fraternidad entre Italia y España, en un discurso dirigido a los soldados italianos, y dijo lo siguiente: «Soldados del Imperio romano, vosotros sois nuestros hermanos muy queridos, porque lucháis a nuestro lado en esta cruzada sagrada contra la barbarie comunista. España e Italia luchan en este momento contra un sistema político, que arrasará a Europa. Ambas naciones luchan por la salvación de todo el mundo, por la «grandeza de Italia» y por una raza que ha ocupado un importante papel en el Mediterráneo».

ran triunfado, si la madre no hubiera estado presente para evitar la repatriación de las criaturas, si éstas hubieran corrido la suerte de los dieciséis que han vuelto a Bilbao, ¿cuál sería la situación de sus padres? El señor Arrieta está en Francia, su mujer se encuentra en Bélgica. Los dos se encuentran en la imposibilidad de volver a Euzkadi, bajo pena de graves sanciones por parte de Franco. He aquí una familia que hubiera sido destrozada por los que aseguran que no pretenden sino reconstituir las familias desarticuladas por la evacuación.

Monseñor Antoniutti, el padre Gabana y todos los que se dedican con celo a esta labor, la realizan declarando que los niños pertenecen a sus padres. Nosotros pensamos lo mismo. Pero si los niños Arrieta hubieran sido repatriados, sus padres hubieran tenido que escoger entre quedar sin sus hijos o ir a su encuentro, cayendo al propio tiempo en las prisiones de Franco. En no importa qué caso quedarían separados de sus hijos y hubiera sucedido lo que Mgr. Lauzurica llama, aunque con otra intención, un terrible crimen.

Que el lector considere ahora es-

tos nuevos ejemplos del resultado que obtendría la repatriación de los niños vascos que se trata de conseguir.

En Inglaterra se encuentran niños cuya madre está en Francia y el padre prisionero de los franquistas (nos referimos solamente a un caso concreto, cuyos nombres callamos, con el fin de no excitar el rigor de la «justicia» fascista que va a juzgar a este desgraciado padre; pero hay muchísimos niños en circunstancias análogas). ¿Por qué se quiere repatriar a estas criaturas? ¿Para que su madre, hoy en Francia, se vea obligada a seguirles y sea encarcelada, como tantas otras repatriadas? ¿Para que estas criaturas sepan, quizás el mismo día de su llegada, que su padre ha sido fusilado como tantos otros prisioneros?

En Jatxou (Bajos Pirineos) se encuentran dos hijos de Eleuterio de Goicoechea, alcalde de Zeanuri. Este hombre, verdaderamente bueno, se halla prisionero de los franquistas y fué condenado a muerte. Gracias a importantes intermediarios se obtuvo su perdón y la conmutación de su pena. La repatriación de estos niños hubiera podido coincidir con la ejecución de su padre, de quien, de todas maneras, quedarían separados por haber sido condenado éste a cadena perpetua. Mgr. Lauzurica dijo, con razón, que la separación de los padres y los hijos es un terrible crimen. Es el caso, por lo menos, de este género de separación. ¿No es esta la opinión de monseñor Lauzurica? ¿No es esta también la de monseñor Antoniutti?

En consecuencia, esperamos que las autoridades eclesásticas y las personas afectas a quienes el caso afecta, consideren escrupulosamente la trascendencia de estas gestiones que se realizan acerca de los niños sostenidos precisamente en centros católicos y solamente en centros católicos.

¿Pretende esta Oficina de Bilbao trabajar en favor de los niños o tiene interés en trabajar contra los padres? ¿Gestiona esta Oficina de Bilbao una repatriación, o fomenta un secuestro? ¿Solicita niños, o busca rehén? Si se pretende la reconstitución de las familias no se debe provocar su ruptura. Si lo que preocupa es la educación católica de las criaturas, la preocupación de la Oficina no debe ir hacia los niños que precisamente tienen ya asegurada esta educación, sino hacia los otros que son, precisamente, de los que no se preocupa la Oficina.

Conviene, pues, ponerse en guardia contra los verdaderos fines que persiguen los que se llaman mandatarios de la llamada Oficina y contra los extraños procedimientos que emplean: solicitudes apócrifas, suplantación de la voluntad paternal, convocatorias coactivas a los padres, invocación del nombre del Santo Padre, bajo la delegación apostólica de Mgr. Antoniutti, etc.

Llamamos respetuosamente la atención de los que, faltos de información, pueden colaborar, de buena fe, en un error o en una maniobra de grave trascendencia.

(«Euzco Deyan», 31-X-1937.)

DOS CARRERAS DECIDEN LA SUERTE DE EUROPA

En España: carrera de velocidad entre los militares.—En Londres: carrera de lentitud entre diplomáticos

La suerte de Europa se está jugando en una doble carrera:

Carrera de lentitud entre diplomáticos, en Londres.

Carrera de velocidad entre militares, en España.

Cuanto más aprisa vayan los militares, tanto más lentamente irán los diplomáticos.

Los diplomáticos de los Estados totalitarios tratan de evitar la ruptura del frente diplomático para dejar a los nacionalistas la posibilidad de romper el frente de los gubernamentales.

Se puede observar un sincronismo perfecto entre los negociaciones de Londres y las operaciones españolas.

El martes pasado, todo parecía perdido en Londres, en tanto que los gubernamentales emprendían la desesperada defensa de Gijón.

El jueves, todo se arreglaba en Londres, pero las tropas de Franco entraban en Gijón.

Hoy, las tropas franquistas se ocupan en «limpiar» Asturias antes de intentar un nuevo salto hacia adelante.

Procedimientos

Hay que dejarles respirar. Una frase del procedimiento (cuestionario, petición de explicaciones) está, pues, abierta en Londres. Ya conocemos la técnica. Londres ha importado los métodos de Ginebra.

Durante la guerra italo-etíope, la Comisión de los Trece, a menos que fuera de los Diez y ocho, se disponía a nombrar una subcomisión el mismo día en que los italianos entraban victoriosos en Addis-Abeba.

La historia se repite.

Hechos: el Comité de Londres ha dedicado 76 sesiones a la cuestión española; la S. de N. ha tenido 9 con este motivo, sin hablar de las negociaciones directas entre las cancillerías.

El general Franco comenzó su ofensiva hace

catorce meses. Ahora tiene bajo su dominio a 14 millones y medio de habitantes.

La suerte de nuestro imperio

En la guerra civil española no se decide solamente el destino de España. También se decide el nuestro.

Admitiendo que pudiésemos desinteresarnos de la forma de gobierno que tenga en lo futuro nuestra vecina transpirenaica, no podríamos, sin embargo, permitir, indiferentes, que nuestro imperio fuese desconectado de la metrópoli.

Con la excusa de intervenir en España, Roma y Berlín se han instalado en el Mediterráneo como dueños. Volviendo a ocupar la orilla izquierda del Rin y fortificándola Hitler nos asfixia por el Este. Instalándose en España y en el Mediterráneo, Hitler y Mussolini podrían asfixiarnos por el Sur.

Poseemos un imperio—el segundo del mundo—que representa una dozava parte de la superficie del globo.

Hitler reclama colonias. Podría intentar recuperarlas por la fuerza; pero prefiere, sin duda, economizarse una guerra.

Si corta nuestras rutas imperiales, lazo vital entre la madre patria y el imperio de ultramar, no tendría más que esperar, sin peligro, a que el daño hubiese hecho su labor para recoger una fácil herencia.

Si no se han dado cuenta del peligro en el Comité de Londres, parece que en París, al menos, ha sido advertido.

La conferencia que acaba de efectuarse en el hotel Matignon, la misión que se le ha confiado al señor Sarraut, el proyecto de viaje de Deladier a Africa del Norte y el plan franco-británico de defensa, constituyen unas réplicas felices a las moratorias del Comité de No Intervención.

Pero hay que ir deprisa.

JEAN THOUVENIN

(«L'Intransigeant»,—25-X-37.)

LOS TOTALITARIOS Y LAS IGLESIAS

II

Los ataques dirigidos desde Roma contra la Iglesia de Inglaterra y los "católicos ondulantes"

El «National Zeitung», de Basilea, publicó el 10 de octubre, el siguiente editorial:

«El vuelo del joven Mussolini hacia Mallorca, ya sea con el asentimiento o contra el deseo maternal de Mm. Rachel, es, sin duda, un acto consciente de obstinación del dictador romano contra la advertencia francobritánica relativa a la retirada de «voluntarios». Pero no se ha limitado a esta manifestación de su mal humor. Parece que ha comenzado en la Prensa italiana un torneo extremadamente violento y rencoroso bajo la orden de Roma. No está dirigido contra Inglaterra misma, sino contra la Iglesia anglicana. «Ciertos católicos ondulantes» son objeto de sombrías amenazas en un artículo escrito por el propio «duce» en el «Popolo d'Italia»:

Llegará el día en que «les ajustará las cuentas a su manera».

Durante su estancia en Berlín parece haberse contaminado de la infección contra la Iglesia. Porque, ¿qué otro podía ser el motivo de esta rabia súbita? Quizá, sin embargo, se encuentre una explicación en los ataques mal dirigidos de la Prensa italiana contra el más alto dignatario de la Iglesia anglicana.

«El arzobispo de Canterbury ha cometido, según la Prensa italiana, la equivocación inexcusable de tomar parte, en «Albert Hall», en una asamblea convocada para protestar contra los bombardeos aéreos de las grandes ciudades chinas. Sin embargo, esta manifestación contra los acontecimientos de Extremo Oriente no tiene por qué interesar a los diarios fascistas, ya que el «duce»

asegura constantemente que no tiene la menor intención de imponer a otros países los principios de su movimiento. Pero las dictaduras, que son tan susceptibles a toda crítica del extranjero, no se imponen ninguna especie de reserva cuando les desagrada algo.

Esta manifestación abierta del arzobispo anglicano, contra los ataques aéreos japoneses sobre las ciudades chinas inermes, parece no ser del agrado del jefe del Gobierno italiano. Siente una cólera tal que toma él mismo la pluma para glorificar «la potencia de penetración» del Japón, para saludar su fascismo «práctico» y para cubrir de cinismo burlón «el ruido discordante de mujeres despreciables y los juramentos de los arzobispos».

¿Pero por qué esta irritación? ¿Por qué esta intervención en un asunto que aparentemente no le incumbe? La explicación tal vez sea esta: que en España se llevan a cabo, apoyados por él, ataques análogos a los «raids» japoneses. La irritación de la opinión pública mundial anglosajona contra la manera de proceder de los japoneses le es, pues, muy contraria y quiere llamar la atención de esta opinión mundial sobre la Iglesia anglicana y ponerla en ridículo.

Aún más torpes son los ataques del resto de la Prensa italiana. La Agencia Reuter estima que el arzobispo se ha convertido, de la noche a la mañana, en el personaje más insultado de la península. Se le llama

El pueblo americano y la República Española

Londres, 29-X-37.—El corresponsal del «Manchester Guardian» en París, escribe: Según las manifestaciones de algunos americanos residentes aquí, la opinión de los Estados Unidos se interesa por los acontecimientos de España más de lo que se cree. La mayor parte del pueblo americano considera a la República española como un país que ha sido víctima de una invasión extranjera. Los rebeldes son considerados en Norteamérica como absolutamente ilegales.

La caída de Gijón, no significa nada definitivo para los rebeldes. Los observadores bien informados coinciden en afirmar que el ejército republicano es ahora más fuerte que nunca. Se atribuye gran importancia a la industria de guerra que han creado los españoles en Cataluña.

Desgraciadamente, el Gobierno republicano carece por culpa de la no intervención, de tanques, aviones y otro material. Si se pudieran enviar a la España republicana en la misma cantidad que lo hacen Alemania e Italia a los insurrectos, los españoles leales no tardarían en obtener la victoria.

ma «viejo ávido de guerra». La «Tribuna» llega hasta dirigirle los insultos siguientes, que parecen casi cómicos: «La vanidad de un viejo es más fuerte que los preceptos de la religión. Su cátedra se ha convertido en una sección del Ministerio de Asuntos Extranjeros. Sus palabras, en lugar de ser palabras de paz, excitan a la guerra. Parece increíble que un dignatario eclesiástico pueda dar semejante ejemplo de falta de responsabilidad y de maldad acerba. En esta campaña

se emplea toda suerte de armas, pero, sobre todo, la guadaña.

Lo que es característico es que Alemania apoya este burdo ataque general. La «Deutsche Allgemeine Zeitung» se sirve del mismo texto grotesco de la vanidad, como si en los Estados dictatoriales no se conociese. ¿Le causará asombro a la Iglesia de Inglaterra que las declaraciones arrogantes de sus dirigentes disminuyan el respeto que se le tenía?

(«Journal des Nations», 28-X-37)

Diez años de fascismo totalitario en Italia

Del libro del mismo título, original de Silvio Trentin

(Continuación)

te consultivo, arrebatando a las Cámaras el derecho de iniciativa y la prerrogativa de acusar a los ministros. La segunda, continuando el desarrollo del principio planteado por la anterior, atribuye al Gobierno el ejercicio de la función legislativa y le capacita, por tanto, para emitir por sí solo, por su propia autoridad, normas jurídicas que tienen la dignidad, el carácter y el valor de verdaderas normas legislativas.

Sin embargo, a las leyes del 27 de mayo de 1928 (que fué refundida en el texto único del 2 de septiembre de 1928) y del 9 de diciembre del mismo año les estuvo reservada la tarea de unir irrevocablemente a la causa del vencedor la voluntad popular, haciendo de ella fuente inagotable de plebiscitos a caño libre.

Por la ley del 27 de mayo, el fascismo logró con desenvoltura resolver de un sólo golpe el problema que cualquier otro Gobierno, aunque fuese maestro en imposturas, hubiese estimado de antemano insoluble: el de dotar al régimen de una Cámara electiva, al mismo tiempo que se aseguraba, con ayuda de un sistema verdaderamente diabólico, que el cuerpo electoral no pudiera a priori tener nunca más voluntad que la suya. El funcionamiento del mecanismo electoral puesto en marcha por la ley de que se trata, reposa enteramente, en último análisis, en la utilización de la pretendida reforma corporativa del Estado, que había ya permitido a los detentadores ocasionales del Poder distribuir a todos los ciudadanos en grupos profesiones, colocados bajo la dirección del Partido e implacablemente sometidos a su disciplina.

En efecto, esta ley confiere a los sindicatos de empleados y patronos la prerrogativa de proponer candidaturas para las elecciones de diputados.

Semejante prerrogativa, sin embargo, no es prácticamente ejercida más que por las oficinas de cada organización, a las cuales pertenece—por investidura directa del partido—el monopolio, dentro de su competencia, de toda forma de actividad sindical.

La proposición de candidatos se efectúa, pues, fuera de toda intervención de la masa sindicada.

Participan también en el ejercicio de la facultad de proposición, según el mismo procedimiento, las personas morales legalmente reconocidas y algunas asociaciones, siempre que estén constituidas al servicio del partido.

Aunque estos diferentes grupos son llamados,

por intermedio de delegados que ellos no han elegido, a designar candidatos, no hay que creer por eso que la lista de nombres así formada tenga un carácter definitivo. No constituye más que el término de una operación preparatoria que tiene como único objeto facilitar la obra reservada al Gran Consejo.

En materia electoral, como en todo otro dominio, siempre es el Gran Consejo el llamado a pronunciar la última palabra. La ley es en este punto explícita.

El Gran Consejo, estipula el artículo 5, compone la lista de los diputados designados, eligiéndolos libremente de la lista de candidatos y aun fuera de ella cuando es necesario.

...según su soberana discreción. Con la designación termina virtualmente el proceso de formación de la pretendida Cámara electiva. Las operaciones que siguen no tienen más que un valor puramente simbólico. Tienden sólo a ofrecer el medio de transformar un cuerpo de criados en asamblea de dignatarios, cuyos poderes así como su mandato pueden atribuirse a las indicaciones resultantes de una vasta consulta popular.

A este solo fin, la ley prevé la convocatoria del cuerpo electoral.

Puede imaginarse fácilmente lo que puede ser el cuerpo electoral en régimen fascista: una máquina de hacer plebiscitos.

Cierto es que la ley da estado también a la hipótesis de que el plebiscito fracase y que haya, por consiguiente, necesidad de renovar la consulta popular, invitando a los electores a elegir candidatos de listas de competencia. Pero ello no es sino mera ficción exigida por la necesidad de dar a la ceremonia electoral la apariencia de un acto plenamente autónomo, de suerte que sea posible imputar a la voluntad de los electores los efectos jurídicos que sólo puede producir la voluntad del partido.

En realidad, el plebiscito no puede dar—sea cual fuere la opinión del cuerpo electoral—más que un resultado: el de ratificar triunfalmente la elección del Gran Consejo.

Ello se demostró de una manera irrefutable con ocasión del experimento hecho durante los comicios convocados para la elección de las dos últimas asambleas.

Teniendo efecto la votación por grupos sindicales, bajo la inspección de los responsables de cada categoría profesional, y estando todo elector prevenido de que la menor manifestación de una actitud no conformista sería castigada con la deportación, sólo los boletos que llevaban un sí entraron en las urnas. Este es el resultado que, naturalmente, había previsto el legislador cuando, en la exposición de motivos, no temió llevar el cinismo hasta afirmar que

...la eventualidad de una negativa de ratificación, por parte de los electores, de la elección hecha por el Gran Consejo, representaba, a decir verdad, un caso prácticamente irrealizable.

Así, merced a la reforma electoral puesta en vigor por la ley de 27 de mayo de 1928, el fascismo

dedicándose a demostrar su desprecio para la muchedumbre, para el vulgo, y a merecer el título que deseaba ostentar por encima de todo, el de enterrador de los principios inmortales y enemigo implacable de la democracia mayoritaria (sentina de todos los vicios, verdadero receptáculo de basuras, como la definió Mussolini en su discurso de Milán de octubre de 1936, que muchos periódicos de Francia e Inglaterra juzgaron, sin embargo, notable (¡por su tono y por su mesura!), estableció para uso de los admiradores de la legalidad puramente formal una coartada jurídica que le permitía reivindicar, para su régimen, a todo respecto, el carácter exclusivo de encarnación perfecta del ideal democrático más auténtico. En esto también, el mao solinismo enseña el camino del hitlerismo.

Basándose, en efecto, en una argumentación y en una práctica casi similares, Hitler pudo también, en su alocución histórica del 30 de enero de 1937, proclamar con la mayor seriedad, hasta con énfasis, que el nacionalsocialismo no es, en el fondo, más que la depuración definitiva de la democracia de todas las mentiras con ayuda de las cuales, durante siglo y medio, varias generaciones de aprovechados consiguieron falsear sus premisas y fijar sus exigencias más íntimas.

Todos los fundamentos y todos los principios del nuevo Reich, exclamó el führer en aquella circunstancia, son los principios y los fundamentos del partido nacionalsocialista. Nuestra revolución ha producido la renovación radical de todas las instituciones y de todos los conceptos de otro tiempo. Ha substituido el concepto liberal del individuo por los principios marxistas de la humanidad por la teoría del pueblo unido por la sangre y el suelo. Éste fué el mayor mérito de nuestra revolución. Así como la teoría que demostró que la tierra gira alrededor del sol transformó radicalmente la idea que se tenía del mundo, la teoría racial transformará el porvenir del mundo... Háblase de democracias y dictaduras. No se ha comprendido que en este país se ha efectuado una revolución cuyo sentido más elevado es democrático!

Todo el poder para el Gran Consejo

La ley del 27 de mayo no tiene sentido, según hemos visto, mientras no rija su aplicación el Gran Consejo. Pero, cuando apareció en el Diario Oficial, el Gran Consejo no ocupaba ningún puesto en la organización del Estado ni disponía de título alguno para perseguir jurídicamente los fines que le estaban asignados; en suma, no existía sino como órgano extralegal, situado fuera del orden establecido.

Es justamente para poner fin a esta situación paradójica por lo que fué concebida, redactada y promulgada la ley del 19 de diciembre de 1928. Según esta ley, el Gran Consejo adquiere dignidad de órgano «supremo» teniendo por fin

...coordinar todas las actividades del régimen nacido de la revolución de 1922.

(Continuará)